

EL ENANO FASCISTA¹

Un apego posesivo, apasionado, egoísta. Es decir, una cara del infierno.

Claire Coleman - Fernando Ortega*

I. El estilo de liderazgo occidental

Continuador de Sócrates y Platón, el modelo de pensamiento occidental reconoce a Aristóteles como uno de sus padres fundadores y a Alejandro Magno, su probable discípulo, como prototipo de liderazgo. A partir de su tiempo, la capacidad analítica de la humanidad se fue desarrollando de forma exponencial, junto con la tecnología militar. Cuando, con el Renacimiento, esa capacidad trascendió los ámbitos de la especulación teocéntrica para invadir los terrenos mundanos del arte y de la ciencia, Occidente se fue encaminando hacia una nueva noción de humanismo, signada por el antropocentrismo, por el desarrollo de las capacidades técnicas y por un creciente dominio del hombre sobre los otros hombres y sobre la naturaleza. Así llegaremos al racionalismo de Descartes, poniendo, desde la duda, a la Razón como base de un nuevo sistema filosófico. Casi contemporáneamente, el monarca absoluto se arrogaba el derecho de decir “L’État c’est moi”, pues la razón —su razón— lo asistía. Es a partir de ese momento que, de acuerdo con el espíritu racionalista de los tiempos, la Música empezó a recorrer su camino de la mano de la ciencia: en 1722 aparece el primer *Tratado de armonía*, elaborado con afán epistemológico por Jean-Philippe Rameau. Más tarde, con Kant, irrumpirá el subjetivismo con toda su fuerza. Estamos culminando el Siglo de las Luces, donde conviven grandes revoluciones hermanas: científica (*Philosophiæ naturalis principia mathematica*), económica (Revolución Industrial), estética (*Don Giovanni*), filosófica (*Crítica de la razón pura*) y política (Revoluciones Norteamericana y Francesa).

Enfocando ese período, el pensador suizo Karl Barth (1886-1968) describió al hombre del tiempo como “el hombre absolutista”, expresión cabal del déspota ilustrado. Es importante recordar esa imagen porque será modelo de muchos tipos de liderazgo que vendrán en el futuro. Podemos entender la época como “la era del absolutismo”, que se refiere al orden político que se consolidó con Luis XIV y se reafirmó bajo los monarcas del Despotismo Ilustrado, como José II de Habsburgo y Federico de Prusia. Dicho orden era la manifestación de “un cierto ideal de vida fundado en la creencia implícita en la *omnipotencia de las capacidades humanas*”². Dentro de ese espíritu de omnipotencia, el hombre desarrolló al máximo las posibilidades de su propia fuerza y se pretendió autosuficiente, encontrando “en sí mismo la razón y la justificación de su poder”³.

Estamos en presencia del príncipe absoluto, justificado por su razón y en su estado de máxima gloria. Pero tres años después del estreno de *Las bodas de Fígaro*, cae la imagen ideal del déspota cuando la Asamblea Nacional de Francia publica la *Declaración de Derechos del Hombre*

¹ Expresión de la periodista italiana Oriana Fallaci, popularizada por el argentino Bernardo Neustadt en los años 90 para indicar cierto espíritu autoritario, crónico y endémico en la cultura local.

* COLEMAN Claire & ORTEGA Fernando, *Avec Mozart. Un parcours à travers ses grands opéras*, Paris 2010, Éditions Lethielleux, p. 41.

² BARTH Karl, *Images du XVIIIe siècle*, Neuchâtel et Paris 1949, Delachaux et Niestlé, pp. 15-16.

³ BARTH, p. 36.

y del Ciudadano, proclamando los principios de Libertad, Igualdad y Fraternidad para todos. Y cuatro años más tarde —bajo la mirada benevolente de la recién entronizada diosa Razón—, la cabeza de María Antonieta, aquella princesa imperial que tuvo a Mozart niño en su regazo, rueda por tierra para asegurar esos principios.

Para el aseguramiento de la Revolución, dicha metodología probó ser insuficiente: todavía hoy, falta mucho para alcanzar los ideales de Libertad, Igualdad y Fraternidad. Karl Barth en *Imágenes del Siglo XVIII* muestra con lucidez la otra cara del príncipe absoluto, que es el revolucionario absoluto, que se alza contra el primero, al que considera como violador e, incluso, ladrón de sus derechos y le arranca el poder que detentaba de hecho. Así, invirtiendo los roles, y porque ahora detenta él el poder, toma el lugar de Luis XIV para decir como aquél: “el Estado soy yo”⁴.

De ese modo,

la porción de la sociedad que se adueña del poder determina a su gusto lo que es justo para el conjunto, porque sabe (¿no es cierto?) lo que es de derecho. Siendo así ¿cómo se le puede impedir que declare ese derecho como válido para todos? Esa nueva minoría, repite lo que hacía el antiguo régimen dentro del mismo círculo vicioso de acciones y reacciones⁵.

Así, la humanidad profundizó esas metodologías revolucionarias, sólo para descubrir que las posibles variedades del absolutismo son infinitas, ya que en ese nuevo absolutismo, también, otras interesantes variantes son posibles:

en el interior mismo de la Revolución desde abajo, uno se puede inclinar más sea hacia el conservadurismo, sea hacia el radicalismo. Se puede también, en cuanto principio constitutivo del Estado, poner el acento ya en el individuo como tal, ya en la nación que une a todos los individuos. Y se tendrá así, ora un liberalismo, ora, como su contracara, un nacionalismo...⁶

Basta con liberar un poco la imaginación para sospechar que, virtualmente, la lista de “ismos” y “razones” se puede alargar de modo infinito. Sucede que el hombre absolutista es una manifestación de los múltiples aspectos del dualismo analítico, que se fue exacerbando con el correr del tiempo. Responde a la escisión que la razón establece entre pares de opuestos, como por ejemplo: (1) lo universal y lo singular, (2) ética y estética, (3) sujeto y objeto.

Examinemos ahora —a título de ilustración, inevitablemente esquemática— algunos de los lazos que estas dicotomías guardan con el absolutismo individual. Dicho individualismo, proveniente de la división inicial “Yo” y “No-yo”, se proyectará luego también en diferentes versiones colectivizadas.

(1) Dicotomía entre lo Universal y lo Singular⁷: Triunfo de la concepción racional de un individuo que posee la fuerza para imponer su razón a los demás. El *singular* expresa “su” realidad y la hace *universal* por imposición. Profundizando ese rumbo, la fórmula de Luis XIV de “L’État c’est moi” fue evolucionando a lo largo del tiempo a través de muchos ejemplos históricos. La culminación más patente y trágica de esa manera de pensar se puede advertir en el título del manifiesto de Hitler, “Mein Kampf” (Mi lucha): un individuo *singular* impone por la fuerza —o por la seducción de una teoría— a una nación entera, pretendiendo transformar “su lucha” en

⁴ BARTH, p. 36.

⁵ BARTH, p. 39.

⁶ BARTH, p. 40.

⁷ Cf. KOKUBU MUNZÓN José María, *Mozart y Gardel. La música de las palabras*, Buenos Aires 2007, Editorial Dunken, Capítulo II, “Música y Palabra”, pp. 31-49.

universal. Todos conocemos bien el resultado del encuentro de esa teoría individual con la praxis colectiva, con el trágico destino de quienes se interpusieron en su camino.

(2) Dicotomía entre Ética y Estética: Rompe la unidad natural entre lo bueno, lo bello y lo verdadero y, de acuerdo con su juicio, elabora un sistema de obligaciones éticas que lograrán imponerse “por la fuerza de la razón o por la razón de la fuerza”⁸. Así quedará de lado toda consideración estética, sentimental y humana que pueda negar la ideología impuesta por el grupo que se ha adueñado del poder. La belleza queda totalmente relegada al servicio funcional de la política, mientras que la bondad y la verdad son asimiladas a los dictados arbitrarios de un sistema ético-ideológico extremista.

(3) Dicotomía entre Sujeto y Objeto: Esta forma de división separa al individuo de sus semejantes y de la naturaleza. Provoca una cosificación de todo lo que rodea al sujeto, quien se pretende instaurar como amo y señor de la realidad. Naturalmente, se impondrá el sujeto más fuerte, y los demás, ahora transformados en objetos, tendrán que someterse a los arbitrios del primero. Tal como decíamos de Hitler y veremos con Don Giovanni, la avasallante personalidad del déspota no tolera oposición. Mi libertad o mi lucha a toda costa, a todo daño.

Las ideologías del siglo XX responderán a esa manera de ver las cosas, proyectando el pensamiento dialéctico a la materia, al movimiento, a la historia y a todos los terrenos del conocimiento. Dicha representación gnoseológico-epistemológica sirvió de base para construir moldes teóricos dentro de los cuales se intentó darle “la forma correcta” al pensamiento, a la sociedad y a la naturaleza. Algún esquema preestablecido a priori daba respuesta a todas las inquietudes humanas, daba sentido a la lucha y al trabajo y era fuente de esperanza de un mundo mejor. Me refiero concretamente al Marxismo y al Capitalismo, las dos grandes vertientes ideológicas vencedoras en la Segunda Guerra Mundial que separaron al mundo en dos hemisferios ideológicos enfrentados. Con la caída del Muro de Berlín y, más recientemente, con el desmoronamiento de *Lehman Brothers* o el accidente de la plataforma Deepwater Horizon, quedó en evidencia la falta de coincidencia entre la teoría y la práctica de los sistemas ideológicos. La realidad no respondió a los esquemas esperados. La realidad no toleró que la forzaran dentro de esquemas rígidos. Quizás en el caso de Argentina, la “pulsada contra la inflación” de José Ber Gelbard, el “Rodrigazo”, la tablita de Martínez de Hoz, la contra-apuesta al dólar de Sigaut, el Plan Austral, el Plan Primavera, los “Pollos Mazzorin” y la convertibilidad de Domingo Cavallo pueden interpretarse como ejemplos equivalentes de la supremacía final de la realidad sobre las teorías, de los hechos sobre las palabras.

El pensador y escritor italiano, Fosco Maraini, ilustra sobre la postura oriental frente al dualismo-autoritarismo de la siguiente manera:

Hay que recordar, finalmente, que el pensamiento de Asia, intuitivo, sintético, ama incluir más que excluir, abrazar y sublimar más que destruir y sustituir. Nuestro universo [occidental] es sólido, objetivo, compartimentado, rigurosamente dualista, nos resulta natural escindir las cosas en materia y espíritu, bien y mal, pasado y futuro; nos resulta también natural pensar en términos de verdad absoluta y de error, de religión verdadera y religión falsa; pero para el oriental toda religión es camino, *tao*, *michi*; hay caminos más convenientes, más expeditos, más valerosos, más espléndidos, así como hay caminos más tranquilos, de menor empeño; pero todos llegan a la cumbre⁹.

⁸ Paráfrasis del lema del Escudo Nacional de Chile.

⁹ MARAINI Fosco, *Ore giapponesi*, Bari 1957, Leonardo da Vinci, p. 283.

Entanto, la mirada dualista constituye una tara mental verdaderamente discapacitante. Esta idea es solidaria con un pasaje de José Ortega y Gasset, referido a una arbitrariedad clásica de ese tipo de pensamiento: “Ser de la izquierda es, como ser de la derecha, una de las infinitas maneras que el hombre puede elegir para ser un imbécil: ambas, en efecto, son formas de la hemiplejía moral”¹⁰. Si queremos curarnos, no podemos basarnos en la demonización de un enemigo y su consecuente derrota. Debemos más bien entender que las revoluciones exteriores provocan soluciones cosméticas y efímeras porque no atacan los problemas de base sino que, más bien, al tener el poder de crear justificaciones racionales para cualquier deseo, son capaces de llevar las cosas a un estado peor que el anterior en su intento de transformarlas para servir a un ideal teóricamente superador. El caso de Napoleón es un claro ejemplo de este tipo de procesos. En efecto, como dice Maurice Bellet,

¡La Bastilla! ¡El Muro de Berlín! Pero esos muros demasiado visibles disimulan la muralla secreta e implacable que separa a los humanos entre arriba y abajo, adentro y afuera, con y sin. El muro se reconstruye sin cesar, pues hay allí una necesidad imperiosa de violencia absoluta, para que el mundo y lo real no se conozcan sino por dominación, explotación, exclusión, erradicación¹¹.

El tema es inagotable. Yendo a la intención central de este trabajo, destacaremos sólo una de las características del líder absolutista: la *orientación a las fortalezas*, uno de los principales impedimentos a la hora de aplicar con eficacia las tecnologías de gestión del Management Japonés.

II. Modelos culturales del hombre absolutista

La mitología es reveladora de cómo el hombre se ve a sí mismo y de cuáles son sus deseos y terrores primordiales. Uno de los grandes modelos culturales de la mitología griega es el titán Prometeo, heroico, inmortal y poderoso. Él es quien crea al hombre, modelándolo en barro, para quedar encerrado para siempre en el dilema de ser benéfico con la humanidad o trasgresor frente a los dioses. Queda evidenciada aquí una enemistad entre el cielo (los dioses) y la tierra (los hombres) que pareciera no poder resolverse sino a través de la lucha y el conflicto.

Prometeo fue un gran benefactor de la humanidad. Urdió un primer engaño contra Zeus al realizar el sacrificio de un gran buey que dividió a continuación en dos partes: en una de ellas puso la piel, la carne y las vísceras, que ocultó en el vientre del buey y en la otra puso los huesos pero los cubrió de apetitosa grasa. Dejó entonces elegir a Zeus la parte que comerían los dioses. Zeus eligió la capa de grasa y se llenó de cólera cuando vio que en realidad había escogido los huesos. Desde entonces los hombres quemaron en los sacrificios los huesos para ofrecerlos a los dioses, pero la carne se la comen. Indignado por este engaño, Zeus privó a los hombres del fuego. Prometeo decidió robarlo, así que subió al monte Olimpo y lo tomó del carro de Helios (en la mitología posterior, Apolo) o de la forja de Hefestos y lo consiguió devolver a los hombres en el tallo de una caña, que arde lentamente y resulta muy apropiada para este fin. De esta forma la humanidad pudo calentarse¹².

En el colmo de su indignación, junto con un merecido escarmiento a Prometeo, Zeus diseñó también un perverso castigo para la humanidad:

¹⁰ Citado por Marcos Aguinis en su artículo “Entre la izquierda y la derecha, dos valores” (La Nación, 29 de mayo de 2009).

¹¹ BELLET Maurice, *Je ne suis pas venu apporter la paix... Essai sur la violence absolue*, 2009 Paris, Éditions Albin Michel, pp. 168-169.

¹² Fuente : <http://es.wikipedia.org/wiki/Prometeo>

Para vengarse por esta segunda ofensa, Zeus ordenó a Hefestos que hiciese una mujer de arcilla, llamada Pandora. Zeus le infundió vida y la envió por medio de Hermes a Epimeteo, el hermano de Prometeo, en cuya casa se encontraba la jarra (en otras versiones un baúl o una caja) que contenía todas las desgracias (plagas, dolor, pobreza, crimen, etcétera) con las que Zeus quería castigar a la humanidad. Epimeteo se casó con ella para aplacar la ira de Zeus por haberla rechazado una primera vez, a causa de las advertencias de su hermano para que no aceptase ningún regalo de los dioses y quien en castigo sería encadenado. Pandora terminaría abriendo el ánfora, tal y como Zeus había previsto.

Tras vengarse así de la humanidad, Zeus se vengó también de Prometeo e hizo que lo llevaran al Cáucaso, donde fue encadenado por Hefestos con la ayuda de Bía y Cratos. Zeus envió un águila (hija de los monstruos Tifón y Equidna) para que se comiera el hígado de Prometeo. Siendo éste inmortal, su hígado volvía a crecerle cada noche, y el águila volvía a comérselo cada día. Este castigo había de durar para siempre...¹³

La historia de Prometeo y Pandora forma parte de la vertiente griega de nuestra civilización. Veamos lo que ocurre con la vertiente judeocristiana, cuyas tradiciones son uno de los grandes basamentos de la civilización occidental. En el Génesis se señala que el deseo de la trasgresión y de poder ilimitado —de ser como dioses, precisamente— está en el fondo de todo ser humano:

La serpiente dijo a la mujer: "No, no morirán. Dios sabe muy bien que cuando ustedes coman de ese árbol, se les abrirán los ojos y serán como dioses, concedores del bien y del mal"¹⁴.

Pero, tal como ocurría con Prometeo, esa apetencia de poder tiene como contracara el sentimiento de culpa y la necesidad de castigo. Así, Dios habla al hombre:

Por haber escuchado la voz de tu mujer y comido del árbol del que yo te había prohibido comer, maldito sea el suelo por tu causa: con fatiga sacarás de él el alimento todos los días de tu vida. Espinas y abrojos te producirá, y comerás la hierba del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas al suelo, pues de él fuiste tomado. Porque eres polvo y al polvo tornarás.¹⁵

Para comparar esa mirada trágica sobre el trabajo y el sufrimiento con la manera oriental de ver el mundo, Maraini dice que

La doctrina del pecado original se encuentra de hecho en absoluto contraste con todas las enseñanzas a que el hombre de Asia estuvo habituado desde su más tierna infancia. El Confucianismo y el Shinto son netamente optimistas respecto de la naturaleza del hombre y de su destino final; el budismo es considerado en occidente una filosofía pesimista, y lo es bajo un cierto aspecto porque niega la realidad y la importancia del mundo, pero por el otro lado es profundamente optimista porque todos, también el mísero pez del mar y el repugnante gusano de la tierra —cuánto más, naturalmente, el hombre— al final de todos los finales se volverán Buda, se unirán disolviéndose en el nirvana, en el absoluto. Por milenios, millones de chinos y japoneses han estudiado con libros en los que recurre en manera constante la aserción: "El hombre es fundamentalmente bueno". ¡Ve a enseñarles ahora justamente lo opuesto! Para hacer comprender la doctrina del pecado original y de la redención, primero hay que destruir la creencia de que el hombre es naturalmente bueno, sólo después de que lo hayamos hecho malo,

¹³ Fuente : <http://es.wikipedia.org/wiki/Prometeo>

¹⁴ GÉNESIS 2, 4-5

¹⁵ GÉNESIS 3, 17-19

perverso y perdido nos podremos aprestar a redimirlo. Qué vuelta inútil, objeta la mente oriental, llegada a este punto¹⁶.

Además de esos dos ejemplos, hay muchos otros relatos, como el de Sísifo, que señalan una relación conflictiva del hombre con el esfuerzo de autorrealización, con el trabajo y con el desafío a las fuerzas superiores, inevitablemente paralela a su contraparte de culpa y castigo. El desafío de lo heroico es visto como ideal apetecible: “ser como dioses”. El camino del hombre a partir del Renacimiento retoma la senda del antropocentrismo que promueve a la razón y a la fuerza moral como centro de su ideal de grandeza. Podemos ver así que el dualismo —por contraposición a la modestia que implica la aceptación de la realidad— está íntimamente ligado al idealismo. El deseo de realizar los ideales excesivos, también, lleva a ejercer la violencia del más fuerte, sea éste un individuo o un grupo. Y el hambre de poder estará revestida, mediante un conveniente proceso de racionalización, de construcciones éticas que justificarán ante los ojos de los demás el ejercicio de la violencia y la imposición de la voluntad de unos pocos por sobre el resto de los hombres.

El hombre del Siglo de las Luces llevará ese modelo de líder a su estado más típico: racionalista, idealista y heroico. Las más importantes óperas dieciochescas, en efecto, estaban compuestas por encargo de los monarcas con el propósito de exaltar sus virtudes, en muchos casos, muy lejos de su verdadera realidad humana y moral. Lo mismo llevó a Beethoven a romper la portada de su Sinfonía Heroica, con su dedicación al héroe Bonaparte, al descubrir las verdaderas intenciones del Napoleón de carne y hueso. Nos estamos acercando al problema principal que enfrenta el hombre occidental de hoy que desea practicar la Mejora Continua en su empresa. En efecto, la falta de adecuación del hombre real a los estándares del hombre ideal trae también otras múltiples derivaciones, que parten de la frustración original. Algunas de ellas son la negación de la realidad, la envidia, el maltrato a los talentosos, el ninguneo, la violencia, la compensación de las propias carencias por apropiación indebida de poder o de dinero. Todos esos males vienen acompañados por dos hermanos gemelos: el complejo de inferioridad-superioridad y el autoritarismo.

¹⁶ MARAINI Fosco, *Ore giapponesi*, Bari 1957, Leonardo da Vinci, p. 282.